

JOVENES E IGLESIA EN DIALOGO

El Año Internacional de la juventud proclamado por la Organización de las Naciones Unidas para 1985, me brinda un motivo para comentar brevemente la Carta Apostólica del Papa Juan Pablo II a los jóvenes, del 31 de marzo de este mismo año, y sacar luego algunas conclusiones.

1. El documento papal

Juan Pablo II afirma que la juventud es un bien de la humanidad y desea expresar la verdad sobre esa juventud, ya que el mismo Cristo habló con los jóvenes conforme al testimonio evangélico. Esa palabra sobre la juventud, incluye a los millones de jóvenes que conviven con el sufrimiento en todas sus formas (nn. 1-3).

El Papa parte del diálogo de Cristo con el joven, que nos traen tres evangelistas (ver *Mc* 10,17-22 y paral.). Lo primero será ubicar al joven que pregunta al Maestro. Para ello Jesús le entrega un mensaje sobre Dios, que es el fundamento de todos los valores que se buscan. Sin Dios, nadie puede comprenderse a sí mismo, ni a los demás, ni realizarse en cuanto persona humana (n. 4).

Por eso, parecería que hoy la pregunta del joven sobre la "vida eterna" no tiene cabida, en un momento histórico donde se piensa con categorías terrenas y se actúa con programas incapaces de llevar al ser humano más allá de los límites de la muerte y lo dejan en el más acá. ¿Que un joven pregunte sobre la vida eterna parece incomprensible, pues la muerte es sentida muy lejos por la juventud! Acercarse a dialogar con Cristo es ponerse en contacto con alguien que es testigo de los valores definitivos y plenos de la persona humana, que perduran aún después de la muerte (n. 5).

De allí la pregunta de Jesús al joven: "¿Conoces los mandamientos?", es decir, ¿Sigues tu conciencia moral, en donde están inscriptos los preceptos que obligan a todo ser humano? ¿Te mueves en el nivel de los valores morales que representan el punto más importante del tiempo y de la historia? ¿O bien has quedado atrapado por el relativismo y el utilitarismo, con que la filosofía actual, escéptica y cínica, ha degradado las conciencias? (n. 6).

El joven del Evangelio era una "persona de conciencia" y, por ello, Jesús le dirige una mirada de amor. Así mira Cristo a toda persona humana, como un eco de aquella primera mirada del Creador al ver al hombre que había hecho: era "muy

bueno". El joven de hoy también quiere descubrir que Cristo lo ama y lo mira con amor. Más aún, debe poder convencerse que esa mirada de amor y confianza le llegará cuando más falta le haga. Porque cada uno necesita esa mirada de Dios. Cuando uno se sabe amado eternamente, encuentra su lugar en el cosmos y, al mismo tiempo, su propia identidad (n. 7).

La mirada de amor que recibe de Dios, hace que cada joven sienta como problema central de su juventud la expresión de su propio amor. Hoy se trata de imponer a los jóvenes un "modelo" de amor desfigurado, y reducido al placer sensual. El joven que dialoga con Cristo no tiene miedo de aceptar un amor matrimonial que presenta exigencias precisas y hacen que el amor sea una decisión de la libertad, que permanece, y no un capricho de los sentidos y sentimientos pasajeros (n. 10).

El joven que acepta la vida familiar según la moral cristiana, capta enseguida que la familia es una cuestión de conciencia: a los hijos no solamente se les deja un apellido, un temperamento y unas costumbres, sino además se los incorpora a un patrimonio cultural, a una lengua materna y a la historia de un pueblo (n. 11).

Junto con el amor, hace falta que el joven sea instruido en la verdad y encuentre su realización en el trabajo, que es una escuela de valores: así se encauzan los talentos y las tareas (n. 12).

Pero la juventud actual está amenazada por modelos que pueden dejar una marca infernal. Ante todo, el criticismo exasperado de todo y de cualquier cosa; luego la filosofía escéptica con todas sus secuelas; también el cinismo indiferente a todo ideal y sentimiento; hay que agregar el "mercado de la diversión" que promueve la pasividad y quita toda iniciativa; igualmente el abuso de las técnicas publicitarias que llaman a satisfacer inmediatamente todo deseo; por fin, la amenaza siempre creciente del consumismo (n. 13).

El Papa, entonces, define la juventud como "crecimiento" a través del contacto con la naturaleza, con las obras de los hombres; con las demás personas mediante la amistad, y con Dios por la oración (n. 14).

Señala, por último, el reto del futuro. "No hay que tener miedo de llamar por su nombre al primer artífice del mal: el Maligno. La táctica que él usaba y usa consiste en no revelarse..." para que el mal que siembra se haga más "pecado estructural" y deje de identificarse como "pecado personal". De esa manera, logra que en apariencia el hombre se sienta liberado del pecado, pero cada vez más hundido en él (n. 15).

Presionados por el agnosticismo y el ateísmo, y golpeados por la extrema miseria y el hambre de miles que coexisten con el uso de cifras incalculables ("que dan vértigo", dice el Papa) en la producción de armas nucleares, los jóvenes de hoy ven perfilarse la posibilidad de calamidades y catástrofes apocalípticas. Y aquí nace la gran pregunta de la juventud actual a las generaciones anteriores: "¿Por qué se ha llegado a esto? ¿Por qué se ha alcanzado tal grado de amenaza contra la humanidad en nuestro planeta? ¿Cuáles son las causas de la injusticia que hiere nuestra vista? ¿Por qué tantos mueren de hambre? ¿Por qué tantos millones de prófugos en diversas fronteras? ¿Tantos casos en los que son vilipendiados los derechos elementales

del hombre? ¿Tantas cárceles y campos de concentración, tanta violencia sistemática y muerte de personas inocentes, tantos maltratos al hombre y torturas, tantos tormentos infligidos a los cuerpos humanos y a las conciencias humanas? En medio de todo esto encontramos también hombres aún jóvenes que tienen sobre la conciencia tantas víctimas inocentes, porque se les ha inculcado la convicción de que sólo por el terrorismo programado se puede mejorar el mundo" (n. 15).

¿Se puede mejorar este mundo? ¿Podremos cambiarlo? ¿Vale la pena intentarlo?

2. Un llamado decisivo

El diálogo con Cristo prosigue con una nueva pregunta del joven: "¿Qué me falta todavía?". El interrogante descubre el fondo de toda alma joven. Se siente la aspiración a "otra cosa", a "algo más". Parece que no basta el código moral de los mandamientos. Hace falta seguir unos "consejos" para alcanzar la perfección. De la vida concebida como tarea a cumplir, se desea pasar a una vida como don a recibir del mismo Dios para hacerlo fructificar.

¿Qué me falta todavía?, significa en el fondo preguntarle a Cristo: ¿Cuál es tu plan con respecto a mí? La respuesta de Jesús es fácil imaginarla. Si la vida es "tarea", entonces quiere decir que Dios nos la deja a nuestra libertad ayudada por su Gracia, que su voluntad es que seamos santos en el cumplimiento de sus preceptos primeros, que escuchemos su voz para dirigirnos por los distintos caminos que conducen hacia El y, especialmente, que encontremos una escuela sistemática de vida interior.

Para algunos, con todo, la respuesta de Jesús es particular: es una llamada al servicio de la Iglesia en el ministerio sacerdotal, o bien el comienzo de la vocación a la vida "religiosa" o consagrada. Pero siempre con una condición: lo que Dios quiere y la humanidad necesita son sacerdotes según el Corazón de Cristo (nn. 8-9).

3. Algunas consecuencias

Este documento debe comprenderse en la perspectiva de la convocatoria que en los últimos tiempos han hecho los Pontífices Romanos a los jóvenes para reunirse el Domingo de Ramos en la Plaza de San Pedro del Vaticano, junto a la memoria de los Apóstoles. Si todos los años la respuesta juvenil llamaba la atención, ésta de 1985 merece el calificativo de excepcional. Es cierto que la convocatoria actual ha sido precedida en tantas naciones por los diálogos del Papa con los jóvenes, de los cuales hasta ahora el más famoso según mi opinión es el que mantuvo Juan Pablo II con los jóvenes franceses en el Parc des Princes de París, durante su visita pastoral a Francia. También los jóvenes argentinos fueron protagonistas de una esperanza de paz para nuestro país cuando el Papa vino a darnos una palabra de aliento desde el centro histórico y religioso de la patria: el santuario de Luján (junio 1982).

Si el mensaje del Papa puede comprenderse bien en todas partes, en América

Latina, donde la proporción de jóvenes es mayor y donde muchas de las situaciones dolorosas descritas por Juan Pablo II se aplican cabalmente, puede haber una disponibilidad especial para atender a lo que dice el vicario de Cristo, cuando con sus palabras impulsa una mística de renovación evangelizadora del Continente en preparación de la llegada del año 1992, en que celebramos el quinto centenario del inicio de la evangelización en Iberoamérica.

Es lícito preguntarse también: ¿por qué los jóvenes entienden al Papa? El Papa no hace demagogia, no posee grandes recursos retóricos, su mentalidad está marcada por su cultura eslava, su racionalidad es la de un filósofo, su estilo es abstracto. Y, sin embargo, los jóvenes lo entienden, lo admiran, lo siguen, lo aclaman. Todas las oraciones de la Iglesia convergen hacia el hombre que ocupa la sede de Pedro y hacia quienes lo escuchan: Lo que él hace es desnudar un texto del Evangelio y llegar a las entrañas de las palabras de Jesús, reproduciéndolas hoy, dándoles nueva vida, amplificándolas, repitiendo sus llamados, sacando sus lecciones ocultas, permitiéndoles que lleguen al corazón de los hombres y mujeres de hoy. Pero hay algo más. El Papa se hace portavoz de los interrogantes de la juventud, los escucha, los medita, les da principio de respuesta y los presenta a la consideración de las generaciones mayores, especialmente a los rectores del mundo y a los Pastores de la Iglesia. Y asimismo llama a los jóvenes a responder por su cuenta a esos interrogantes, sin contagiarse de los venenos que hoy como ayer y como mañana, amenazan el misterio maravilloso de la vida humana. Los jóvenes comprenden al Papa, porque en él se concentra la conciencia viva de la Iglesia que ha comprendido a los jóvenes, porque éstos poseen los gérmenes de lo que ella lleva consigo como don del Espíritu Santo.

En efecto, son jóvenes los que pueden llenarse de alegría con los comienzos de las obras, los que se dan a sí mismos sin condiciones cuando están en juego las aspiraciones de los pueblos, los que no tienen miedo a renovarse constantemente, los que son capaces de salir nuevamente sin sensación de fracaso para nuevas aventuras. En la Iglesia, el Espíritu de Jesús nos otorga el regalo, la gracia de alegrarnos en lo sencillo, a imitación de María, de entregarnos sin reserva, de renovarnos en la esperanza, de asumir las nuevas tareas con gozo sin ficción.

Si la juventud es un bien y una riqueza para la Iglesia y para el mundo, si en ella se encuentran posibilidades insospechadas de esperanza para las distintas sociedades, entonces todos tenemos la obligación de preocuparnos de los jóvenes y los jóvenes.

Si ellos representan un futuro mejor para la humanidad, en la medida en que se les advierta de los riesgos existentes, se los prepare desde la niñez en la solidez de la doctrina católica, y se los ayude a obtener los instrumentos mentales para discernir el trigo de la verdad de la cizaña del cinismo, entonces no podemos postergar un diálogo interno en la Iglesia, entre pastores y jóvenes y todas las demás posibilidades, porque ese diálogo es prioritario. Por algo, los Obispos latinoamericanos en Puebla hicieron una opción preferencial por los jóvenes.

Los jóvenes que escuchan al Papa actual serán aquellos que, junto a nosotros deberán poder responder al desafío que la sociedad científico-técnica nos ha plan-

teado: ¿por qué el progreso, tan grande que ha conseguido la humanidad se ha convertido en un boomerang que se dirige contra los mismos hombres? ¿Volverá a repetirse la insospechada y horrible experiencia de hace cuarenta años en Hiroshima? ¿Volverán a edificarse hornos crematorios como los de Auschwitz, que avergüenzan a todas las gentes civilizadas de este siglo? Los jóvenes no se engañan: cuando los adultos preguntan irónicamente en su ateísmo contemporáneo: “¿Y Dios dónde estaba cuando se mataba a tanta gente?”, ellos contestan rápidamente: “¿y el hombre dónde estaba?”.

Y de los jóvenes que escuchan las palabras papales, habrá algunos que tengan una especial sensibilidad para sentir la necesidad urgente del mundo actual: el mundo necesita *testigos* de Dios, del más allá, de la caridad, del heroísmo, del amor auténtico. Los necesita en los distintos horizontes de la vida: entre los obreros y empleados, los profesionales y científicos, los estudiantes y artistas, los políticos y los empresarios, los casados y los solteros, los padres y los hijos, los cristianos que viven en medio de las realidades terrenas y los consagrados al servicio de Dios y de las gentes.

Para América Latina, especialmente, es urgente que algunos escuchen el llamado de Jesús que les dice: “Sígueme”, y emprendan el camino según los modelos preclaros de los grandes pastores del continente y de la patria. Poseemos esos modelos y es la hora de redescubrirlos para nosotros: María Benita Arias, María Antonia de la Paz y Figueroa, los obispos Esquiú, Orzali y Cáneva, el Cura Brochero y, especialmente aquel joven salésiano, Ceferino Namuncurá, símbolo de la unión de la fe católica con los indios de nuestra tierra.

Secretario del Departamento
de Vocaciones y Ministerios del CELAM

Oswaldo D. SANTAGADA

Secretario de la Organización
de Seminarios Latinoamericanos

A. A. 51086
Bogotá (2)
Colombia